

el gobierno frances nos envió á enseñarnos cómo se criaran rentas públicas, tendríamos ocasion de notar, que de nuestros antiguos empleados, de nuestros mas notables economistas, tuvieron que obtener los datos fundamentales para los trabajos que emprendieron. Al cabo de tres años, los economistas franceses no criaron la hacienda mexicana, ni dejaron que los mexicanos la criaran; y para esto no les faltó ni la confianza del gobierno, que fué amplísima, ni los datos de las oficinas, que se les franquearon á su gusto, ni la cooperacion de los hacendistas mexicanos, que por patriotismo la dieron siempre que fueron ocupados, ni, en fin, el poder público, porque al cabo de todos, vino Mr. Friand á ser ministro de hacienda, y por todo fruto de su talento hacendario, vimos algunas medidas vejatorias, algunos nombramientos desacertados y alguna confusion en la administracion de las rentas públicas. ¿Por qué sucedió todo esto? ¿Qué faltó á todas estas notabilidades? ¿Capacidad, ó voluntad? Sea lo que fuere, para México el resultado es igual. Se perdieron miserablemente tres años; y al partir de todo el ejército frances, desvanecidas nuestras esperanzas, tenemos que hacerlo todo aprisa, conforme á las costumbres nacionales, sin poder ni aprovechar los trabajos de los economistas franceses, porque unos quedaron ocultos, y otros son impracticables en el país.

IX.

Cuando los comisarios de las potencias aliadas llegaron á Orizava, un pequeño, pero aguerrido ejército mexicano, militaba contra la tiranía de Juárez, al mando de los generales D. Tomás Mejía y D. Leonardo Márquez, y de otros militares de menor graduacion. Despues que los aliados se chocaron y separaron en Orizava, y que el general Laurencez fué rechazado en Puebla, el primér auxilio que tuvo en su retirada fué la derrota que el general Márquez dió á los juaristas que le perseguian. Desde entonces, el general Márquez se unió al ejército frances, al cual sirvió como aliado y con eficacia. Cuando el ejército de Gonzalez Ortega llegó á Orizava para destruir el pequeño ejército de Mr. Laurencez, el general Márquez cooperó á la defensa. A los sesenta dias de sitiar á Puebla, el general Márquez, unido á la brigada del general Bazaine, derrotó en San Lorenzo el ejército de reserva, que mandaba D. Ignacio Comonfort, frustrando la introduccion de víveres al ejército sitiado, y decidiendo con eso la rendicion de Puebla. Ocupada la capital por el ejército franco-mexicano, vino á ella el general D. Tomás Mejía, con su pequeño y aguerrido cuerpo de ejército, que habia hecho gastar muchas tropas, muchos pertrechos y no escasos fondos á D. Manuel Doblado y á otros caudillos juaristas. Es muy notable que todos los gefes y oficiales del antiguo ejército mexicano se hayan adherido prontamente al ejército frances, mostrándose dis-

puestos á militar á su lado, y aun á sus órdenes, en la campaña contra los demagogos y enemigos del Imperio: y es mas de notarse, que no faltara esa disposicion, ni en el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que tan altas posiciones habia tenido en el país, y tanta influencia tuvo antes en el ejército mexicano. Todas las circunstancias eran pues favorables para la pronta formacion de un ejército nacional, á la sombra y con el estímulo del ejército frances.

Quando era éste mandado por el mariscal Forey, se formó un plan de arreglo del ejército mexicano: no pasó de proyecto, lo que pronto debia ser realidad. Pasó el mando al mariscal Bazaine, y en vez de que éste acelerase la formacion del ejército mexicano, parece que hizo propósito de no formarlo jamas: aun el ya formado no crecia en sus fuerzas y en su prestigio militar, no obstante que alcanzó solo victorias tan espléndidas, como las de Morelia y San Luis Potosí.

Apenas llegó S. M. el Emperador, cuando dirigió á Mr. Bazaine una carta, facultándole ámpliamente para que formara el ejército mexicano.

En sus manos tenia el armamento de la nacion, recogido en Puebla, en México y en diversas poblaciones del interior: se espidieron sobre esta materia los decretos que el mariscal pidió al Emperador, y por parte del gobierno de S. M. nada se omitió para la formacion del ejército mexicano. Dos años pasaron, y en vez de estar aumentado el ejército nacional, estaba disminuido el que existia cuando llegó la intervencion.

A propuesta del mariscal se comenzaron á levantar

unos batallones: mezclando oficiales mexicanos y soldados franceses, se unieron elementos de desunion, que pronto hicieron su efecto, produciendo celos de mando y nacionalidad, que han causado la desercion y la poca consistencia de los batallones.

Si el mariscal Bazaine al recibir la comision del Emperador, conferida, no para darle una molestia, sino por honra de su dignidad, como comandante en jefe del ejército franco-mexicano, hubiera dejado al gobierno imperial la formacion del ejército, éste se habria formado tiempo ha, como tantas veces se han formado los ejércitos mexicanos. Aceptando esta comision, se impuso el compromiso de cumplir en esa parte los tratados de Miramar, levantando el ejército nacional, á medida que se hubiese de retirar el ejército extranjero.

Las tropas francesas recorrieron casi todo el país, desde Veracruz á San Blas, y desde Acapulco á Chihuahua: no fué de victoria en victoria, pues algunos reveses sufrieron en los combates con los disidentes. Empero si en tantas expediciones ocuparon la mayor parte del territorio nacional, no por esto lo pacificaron todo. Un rigor indiscreto, un desatino para creerse de rumores insidiosos, y una irritabilidad desatentada por parte de muchos gefes franceses, enardeció la revolucion en vez de calmarla. tristísima memoria dejan algunos gefes en diversas regiones del continente mexicano. Cuando se escriba la historia de la intervencion, se contarán pasajes en que se aventajaron á los desportes de los disidentes: hostilizar á los adictos del Imperio; multar á los vecinos pacíficos por

hechos que no cometieron; castigar hasta con la muerte á personas que resultaron inocentes despues del castigo; atropellar las garantías individuales en personas y propiedades, conculcando las leyes del país, son hechos cuyos detalles verá la historia contemporánea. Ella contará tambien las muy honrosas excepciones que hubo entre los gefes y oficiales del ejército expedicionario, y contará igualmente que el comandante en gefe no corrigió los desafueros de aquellos, ni estuvo exento de gravísimos abusos de su poder militar.

Si una injusticia y una tropelía maldisponen los ánimos hasta de los indiferentes, mayor indisposición causan, si son de extranjeros armados contra nacionales inermes. Y mientras que los disidentes vociferaban que los soldados extranjeros venian á oprimir el país, parece que tales gefes no querian dejar comprometida la palabra de los enemigos del Imperio. Por esto fué, que muchos mexicanos que se habrian sometido al Imperio, y que llegaron á estarle sometidos, se alzaron contra la intervencion. El gobierno imperial procuraba remediar estos males, quejándose de ellos al mariscal Bazaine. Las quejas no daban resultado. El gobierno del Emperador, no queriendo provocar conflictos mayores, se abstenia de reprimir estos atentados, que por su lado procuraba remediar; y aun la prensa mexicana imperialista tuvo la prudencia de no publicar estos hechos, que sin embargo no carecen de pruebas irrefragables y de innumerables testigos fidedignos.

Los dichos abusos que los historiadores mexicanos detallarán, son muy suficientes para que México esté sentido del comportamiento de la intervencion francesa. No culpamos de ellos á la Francia; tampoco los imputamos al gobierno de Paris, porque no los mandó, y acaso ni los habrá sabido. Lo culparemos, si despues que lo sepa, no hace justicia contra los culpables, que tan miserablemente así han acabado con la influencia francesa en México, y hasta en todo el continente americano. Gravemente han comprometido estos hechos la suerte del Imperio que Napoleon III sostenia con tan buena voluntad, y que despues abandonó á su propia suerte. Mas no por esto absolvemos al gobierno de las Tullerías de todo cargo por su conducta para con México. Concluirémos este escrito, exponiendo el comportamiento internacional de aquel gobierno para con el gobierno imperial de México, y respecto á su ofrecida proteccion al Imperio y al Emperador, de que hace tres años se pavoneaba con ufanía, desdeñando la grito de la oposicion.

Mientras los Estados confederados del Sur y los federales del Norte guerreaban de poder á poder, improvisando ejércitos y millones para hacerse una guerra de exterminio, en que lucieron la magnitud y el rigor de los medios de pelear, no se advirtió en el gobierno de Paris algun tedio ni desmayo en la empresa de México. Pero Richmond sucumbió; quedó

prisionero Davis; se desorganizaron los ejércitos de Beauregard y de Lée; los Estados confederados fueron ocupados militarmente; sus principales ciudadanos emigraron ó fueron llevados á las prisiones; los ciudadanos del Sur quedaron sujetos: entonces cambió instantáneamente la escena en Paris. El anhelo por la consolidación del Imperio mexicano decayó. Un nuevo ministro americano se presentó en Paris, Mr. Bigelow: por órden de su gobierno interpeló á Mr. Druyn de Lhuys sobre el objeto de la expedición francesa en México. Cualquier diplomático habria previsto la respuesta, de que en asunto perteneciente solo á México, potencia independiente, no tenia derecho de interpelar el gobierno de Washington; mas en lugar de esta respuesta, consecuente con la conducta anterior del gobierno frances, y óbviamente fundada en el derecho de gentes, el ministro frances contestó al norteamericano en términos rendidos é inadecuados. La Francia, dijo, tiene cuentas pendientes y agravios recibidos con México: llevamos la guerra á esa potencia como á cualquiera nacion que nos deba, nos agravié y rehuse pagarnos y satisfacernos. Esto era cambiar en esencia la cuestion; era confesarse culpados y mostrarse miedosos; era olvidar los hechos y los documentos ya mencionados, y que todo el mundo político y diplomático conocia: era esponerse á réplicas muy duras de parte de Mr. Seward y á censuras muy bochornosas en los círculos diplomáticos. ¿Es así como se hace la guerra internacional? ¿Un estado acreedor tiene derecho de quitar el gobierno del estado deudor? ¿Cuál es la reclamacion

y el ultimatum tocantes á esa deuda? ¿Para cobrar algunos miles se emprendió el gasto de tantos millones? ¿Para cobrar algun dinero fué la Junta de Notables, y todo lo que hicieron en México los gefes del ejército frances? Mr. Seward ha sido muy considerado en darse por entendido de que tal fuera el objeto de la expedición francesa en México; pero no fué tanta su consideración, que no aprovechase la debilidad revelada en esa respuesta, y fundado en ella, manda decir al gobierno frances que retire cuanto antes de México su ejército. Sin duda que un estado, como independiente y soberano, abunda en derecho para decir á cualquiera tropa extranjera que se retire de su territorio: ¿pero puede un estado disponer quien entre y quien salga en un estado extraño? Tal reflexion no pudo faltar á la pericia política de Mr. Druyn de Lhuys; pero tuvo á bien contestar, que el ejército frances se iria de México en tres plazos, que se cumplirian á fin de 1867. En esto no hacia mas que anunciar al gabinete de Washington lo que ya estaba pactado en los artículos adicionales y secretos de Miramar.

El 31 de Mayo de 1866, el gobierno de Paris dirigió á S. M. el Emperador de México la siguiente nota, donde le anuncia su propósito de retirar sus fuerzas y auxilios pecuniarios, y donde intenta justificar ese propósito que es una contravencion de lo prevenido en Miramar. El Emperador Maximiliano, con-